

Epílogo

Eduardo Milán

Hay todavía una escritura poética que no se inscribe en la lógica ritual de un propósito que se repite y se repite y en la que hay una “felicidad” que consiste en encontrarse a sí misma allí donde, por repetición de lo mismo, no habría felicidad. Formulado así, como por “encantamiento”. Ese “encuentro” todavía insiste como un zumbido más allá de su atravesamiento fundacional trovadoresco. Hay, entonces, una poesía que no se inscribe en eso que vuelve a candidatearse como la verdadera manera de un aparecer poesía. Y no como “oscura cabeza negadora” deja de inscribirse, pierde su inscripción, no la quiere. No es que se niegue en su devenir escritural, forcejee, se evidencie. Simplemente, no está ahí. Y decir “simplemente” ya hace las veces de un radical ocultamiento. Aguirre Oteiza crea — en resonancia con el más crudo afuera que amó Blanchot — una interioridad derivativa, anti ajena por definición, y sin embargo con una extrañeza que yo daba por perdida para la poesía. Esa ajenidad conduce a un final que al parecer la explica en clave de Adorno. Pero en realidad la replica y complica felizmente toda la operación lectora que mantuvo la atención fija en descentrar. La contradicción permanente. Ante esto pensé: y yo ¿qué digo? Pero Aguirre Oteiza es contagioso. Hace escribir.

Daniel Aguirre Oteiza propone unas lecturas que desembocan todas en un lugar de inquietud. Una: la búsqueda de una verdad poética, de lo más difícil que puede uno plantearse a esta altura del escándalo silencioso, casi murmullo de la poesía. Se sabe algo que se niega: la poesía no es lo que se afirmó durante siglos de escritura. Se sabe

otra cosa: la poesía es también lo que se niega que sea. La convivencia de una dualidad es la mejor compañía poética: saber y no pero juntos, casi al mismo tiempo. Es ese amigo al que se le comparten unos fragmentos, es esa “ajena” y también esa “deriva”, la imposibilidad de responderse con alguna asible certeza. Siempre entre no ver y ver. Pero la incredulidad es la —a veces— certidumbre con que se escribe un poema, eso que también se sabe que responde y no a lo que se llama poesía como un eco mudo que está ahí. Un régimen —otro— de locos diría Deleuze. Pero así: un régimen de locos, no de locos. ¿Así mismo?

Lo primero es esa referencialidad cómplice. Porque, finalmente, el poema se trata de una forma particular de habla que refiere. Luego, claro, de pasar por un auto-centramiento de la materia. El poema de Aguirre Oteiza en esta deriva —una deriva de derivas, siempre, algo que viene de antes y que no va a terminar ahí— sólo se inscribe como verdad imposible. Instaura una búsqueda. Y se entra allí. Poca escritura poética produce hoy esto. En castellano casi ninguna. La de Aguirre Oteiza sin duda. Porque hay una duda de fondo. Y la duda reside en que la verdad que se busca es inconseguible desde adentro. Desde afuera se tantea, se des-cribe y, a veces, como el mismo Aguirre Oteiza, se des-escribe y ahí se encuentra un rastro. Des-escribir hace posible encontrar una huella. O no hay huella. “Un poema no es un enigma”, dice Paul de Man. Es cierto. Pero eso se dice no con la certeza de una lógica o de una fórmula ubicables. Si eso se dice es para instigar. Y porque De Man sabe que lo insoportable de eso que no es un enigma es su capacidad de proponerse como tal. En el mundo de De Man urgía des-misterizar. Un enigma promete confines de revelación. Y una revelación es la promesa de un fin de mundo. En lógicas de mundo inexpugnables como las actuales el planteo de “estados enigmáticos” desde un poema es un modo de responder a las evidencias, a las tablas rasas, a la brutalidad simplificadora.

Lo otro es esa familiarización de lo des-familiar. Hay algo de infancia en todo el texto y no sólo por el gigante egoísta del comienzo. Por la incompletud de sentido que el fraseo llano contribuye a mostrar y a encubrir. La escritura de Aguirre Oteiza —emitida desde una ubicuidad sorprendente para estos “días de lugar cierto”— habla desde un lugar que no puede ser completamente, de algo que no termina de completarse tampoco y con alguien que (re)niega su aparición. El final es la perturbación radical en esa forma tan adorniana de sintetizar la experiencia —toda experiencia— en clave de alienación. Pero la cita de *Minima moralia* hace rever la escritura entera. Su poder de condensación es total. No por la “totalización alemana” de ese pensamiento: porque la escritura poética termina por cuestionar toda su deriva. En realidad Aguirre Oteiza no cita *Minima moralia* en ese fragmento anexo y que habla precisamente de la imposibilidad con la que inunda el mundo la existencia alienada. Intercala sus conceptos claves como orientaciones casi capitulares en su texto, desprendiéndolos de su ser discurso, es decir, fragmentándolos, porque la verdad poética —esa imposible a la que aspira Aguirre Oteiza, que tiene más de realidad que se niega a ser dada que a proposición (des)ordenadora— es que la discontinuidad es la madre de todo esto y, por supuesto, el azar que no deja de ser su padre y la única habilidad que se nos permite es ajustar una discontinuidad a otra. La poesía aparece como una incompletud de sentido que hace gala de una naturalidad física provocadora. A una apariencia —de “aparecer, proponerse como cierta, estar ahí, tener lugar”— que arrastra con la fuerza de una desembocadura abismal —todo esto dicho en el tono más sereno, internado e internalizado— llamarla “deriva” tiene la calidad siempre ajena del pudor. Poesía es eso.

ÍNDICE

<i>... a mi amigo algunos fragmentos ...</i>	11
el gigante egoísta	13
 <i>... de la vida recta ...</i>	17
ignorancia de las leyes	19
permiso de tierra	22
<i>bonsoir les choses d'ici-bas</i>	25
el retorno de lo planeado	29
<i>done been here and gone</i>	32
 <i>... de lo privado, y aun después simplemente ...</i>	37
de otra soledad del corredor de fondo	39
libertad negativa	40
dos gabinetes de curiosidades	41
la poesía según D. H. Lawrence	43
de la inclusión de las subordinadas	45
 <i>... sobre la vida inmediata tendrá ...</i>	51
breve historia actualizada del surrealismo	53
ensayo del natural (a partir de Grachan Moncur III)	55
<i>nor'easter</i>	58
si no invierno	61
Pablo Antoñana Chasco (1927 - 2009)	64
 <i>... su forma alienada, los poderes objetivos ...</i>	69
<i>dreaming after a fashion</i>	71

Epílogo (Eduardo Milán)	77
Agradecimientos	81